

Nova

ORSON SCOTT CARD

¿Es posible protegernos
de nuestros propios deseos?

CALLE de MAGIA

De manera misteriosa, Mack Street percibe que es distinto de los demás niños de su calle. Aunque sabe que ha sido adoptado, desconoce su verdadero origen. Pero cuando alguien es capaz de soñar los sueños de sus vecinos, la fantasía y la magia pueden entrar en la vida cotidiana y, en manos de un brillante escritor como Orson Scott Card, mezclarse con el antiguo y ya clásico enfrentamiento de amor y odio entre Oberón y Titania, el rey y la reina de las hadas.

A Aaron y Lauren Johnston,
que nos demuestran que la magia puede ser divertida
y estar llena de esperanza: una luz en la oscuridad,
conjurada por el amor.

Presentación

La ciencia ficción y la fantasía, aun siendo distintas, comparten una misma necesidad del todo ineludible. Ambas piden a sus lectores un cierto grado de complicidad, les proponen que suspendan la natural reacción de incredulidad ante los portentos que se describen y los milagros —tecnocientíficos o no— que presenta toda narración fantástica.

Y eso no siempre resulta fácil. En realidad, constituye un verdadero reto a la capacidad de convicción de los autores.

Posiblemente sea bastante más fácil lograr esa credibilidad y esa suspensión de la incredulidad cuando el ambiente en el que se desarrolla la narración fantástica es ajeno al de nuestra vida cotidiana. Cuando se nos habla de la Tierra Media, de Terramar, de Darkover (lugares imaginarios y en los que no vivimos), parece más fácil aceptar que la magia pueda formar parte activa de esos lugares. Al fin y al cabo, son producto de la invención de los autores y, en sus prerrogativas como creadores, está precisamente inventar todas las características de los mundos de fábula que nos ofrecen, magia incluida.

Pero la cosa cambia cuando nos referimos a lo que yo suelo llamar la fantasía contemporánea o, mejor, fantasía de la vida cotidiana. Tal vez por desgracia, en la vida cotidiana la magia ya no está presente en absoluto (y aún menos en el mundo materialista y descreído de nuestros días), por eso, en este caso, la suspensión de la natural incredulidad del lector ante los posibles portentos mágicos que se des-

criben resulta incluso más difícil. Todos sabemos que no hay verdadera magia en nuestras vidas de cada día...

Y, aunque parezca mentira, esa suspensión de la incredulidad es también más difícil en la fantasía que en la ciencia ficción, ya que en nuestro mundo, nuestra vida cotidiana está muy influida por maravillas tecnocientíficas de todo tipo que se han llegado a convertir casi en algo natural y esperado. Es cierto que a veces usamos la tecnología moderna como si de magia se tratara, ya que en muchas ocasiones desconocemos su funcionamiento interno (a veces imagino que, cuando lleguemos a activar directamente con la voz el televisor, el ordenador o cualquier otro aparato fruto de la moderna tecnociencia, la principal palabra de mando será «abracadabra»...), pero lo cierto es que esperamos confiados un cierto nivel de lo que podríamos llamar «magia tecnológica» y eso explica muchas veces la suspensión de la incredulidad de los lectores ante las maravillas tecnocientíficas que nos ofrece la ciencia ficción del futuro inmediato (near future).

Por eso, la fantasía de la vida cotidiana se enfrenta a un reto adicional que sólo grandes narradores son capaces de resolver de manera satisfactoria. Orson Scott Card, la gran revelación en la literatura fantástica de los últimos años, es uno de esos privilegiados autores capaces de lograrlo. Y con gran satisfacción del lector.

Card ha obtenido por dos veces consecutivas los premios Hugo y Nebula con la famosa y popular Saga de Ender. Y ello sin olvidar que también ha obtenido el premio mundial de fantasía con las emotivas historias de Alvin Maker, el Hacedor. Como no podía dejar de ocurrir, un gran narrador y creador de personajes que interesan al lector como es Card, ha de atreverse sin miedos con esa «fantasía de la vida cotidiana», y así lo hizo, por ejemplo, con EL COFRE DEL TESORO (1996) y, ahora, con CALLE DE MAGIA (2005). Se trata de fantasía contemporánea, la más difícil, la que sucede en el mundo moderno y que exige una tremen-

da habilidad por parte del escritor para que el lector acepte la incursión de la magia en la vida cotidiana. Card es uno de los pocos autores capaces de lograrlo de manera tan satisfactoria.

En CALLE DE MAGIA, Mack Street percibe de alguna manera misteriosa que es distinto a los demás niños que conoce. Se sabe adoptado, pero desconoce su verdadero origen (circunstancia que no comparte el lector...). Cuando alguien resulta ser capaz de soñar los sueños de sus vecinos, la fantasía y la magia pueden entrar en la vida cotidiana y, en manos de un brillante escritor como Orson Scott Card, llegan a mezclarse con el antiguo y ya clásico enfrentamiento de amor y odio entre Oberón y Titania, el rey y la reina de las hadas; casi como lo narrara Shakespeare en *El sueño de una noche de verano*.

Card lo ha logrado de nuevo: personajes convincentes, niños y jóvenes que maduran enfrentados a dudas y problemas morales, y una cotidianeidad que cede paso a la mayor de las fantasías. Una novela entretenida y realmente inolvidable. Y, como les decía, algo francamente difícil de conseguir.

En ella Card acude a los arquetipos clásicos (las hadas y su pareja real, Oberón y Titania), pero también a figuras más modernas como el popular «hombre del saco» (bag man, al principio un casi obligado «hombre de las bolsas» para Rafael Marín, nuestro esforzado traductor aunque, en el original inglés, se confundían las dos denominaciones...), y lo mezcla todo con la realidad de un barrio de familias de color de clase media-alta en Los Ángeles. Como es fácil comprender, el riesgo de que el tema principal —la incursión de la magia en la vida cotidiana— no fuera aceptado era realmente elevado.

Pero nada de eso ocurre con un autor brillante como Card, que sabe hacer que nos interese por los problemas de sus personajes a los que inmediatamente reconocemos como posibles vecinos, como gente que aun viviendo

en el mundo de hoy, experimentan una cotidianeidad que queda salpicada por la magia. Y no cualquier tipo de magia, sino la que surge de un clásico enfrentamiento en el mundo de las hadas, el más típico de los muchos procedentes de la mezcla habitual de amor-odio, el que enfrenta a Oberón y Titania, del que ya se hiciera notario nada más y nada menos que el mismísimo William Shakespeare.

Me sorprendí a mi mismo fijándome (y reflexionando un largo rato...) en una frase de CALLE DE MAGIA: «Los sueños son la materia de la que está hecha la vida». Una frase que parece contraria a nuestra realidad cotidiana tan materialista pero que puede formar parte de un fondo arquetípico que haya quedado en nosotros. Es cierto: tal vez, tras leer esta sorprendente y emotiva novela, contemplaré a sus vecinos bajo una luz diferente. Sus sueños importan, y mucho más de lo que podíamos haber imaginado.

Que ustedes lo disfruten.

MIQUEL BARCELÓ.

1

El Hombre de las Bolsas

El viejo caminaba por el arcén de la autovía de la Costa del Pacífico, sujetando un puñado de bolsas de la compra de plástico. Tenía el pelo canoso y sucio y a guedejas en esa parodia de peinado rastafari que suele llevar la mayoría de los vagabundos, sean blancos o negros. Vestía una chaqueta en otro tiempo caqui y ahora manchada de grasa y tierra y hierba, desteñida por la luz del sol. Llevaba las manos enfundadas en guantes de jardinero.

El doctor Byron Williams lo adelantó con su viejo Town Car y se detuvo en el semáforo, esperando para girar a la izquierda y seguir por la empinada carretera que va desde la autovía hasta la avenida del Océano. Una motocicleta, a su izquierda, quemó rueda. Byron miró al piloto, una mujer vestida de cuero negro de la cabeza, a los pies, con el rostro completamente oculto por un casco de plástico también negro. El visor vacío giró hacia él, lo observó durante un largo instante, y luego se volvió de nuevo al frente.

Byron se estremeció, aunque no supo por qué. Miró hacia el otro lado, a la derecha, más allá de los carriles de coches veloces que aceleraban para llegar a la Diez y dirigirse hacia Los Ángeles.

Un día normal Byron habría estado entre ellos, volviendo a casa, a Baldwin Hills, tras un día de clases y reuniones en Pepperdine.

Pero esa noche le había prometido a Nadine que llevaría a casa la cena de.

I Cugini. Ésas eran las cosas que uno tenía que hacer cuando se casaba con una mujer negra que se creía italiana. Podría haber sido peor. Podría haberse casado con una mujer negra que se considerara una sureña de la clase baja rural. En tal caso tendrían que haber pasado las vacaciones en Daytona todos los años escuchando música country y comiendo zarigüeyas y bocadillos de pan blanco con patatas fritas y mayonesa.

O podría haber estado casado con una motociclista como la mujer que seguía quemando rueda en el carril de la izquierda. No se imaginaba metido entre rejas por motero, un lugar donde, como profesor afroamericano de literatura especializado en los poetas románticos, seguro que encajaba de modo natural. Trató de imaginarse enfrentándose a media docena de moteros borrachos con cadenas y tubos. Naturalmente, si él hubiera ido con esa mujer de la moto, no habría tenido que luchar con ellos. Parecía muy capaz de enfrentarse a cualquiera y vencer: era una mujer grande y fuerte que no consentiría tonterías de nadie.

Podían saberse muchas cosas de una mujer sin verle la cara. Su cuerpo, su postura, la ropa y la motocicleta que elegía y, sobre todo, el rugido de su moto... El mensaje estaba claro. No te pongas delante de mí, tío, porque te voy a pasar por encima.

Se dio cuenta poco a poco de que estaba mirando al vagabundo que llevaba montones de bolsas de plástico. El hombre estaba al borde del arcén, frente a él, quieto, mirándolo. Ahora que pudo verle la cara, Byron advirtió que el hombre llevaba un verdadero peinado rasta: tenía derecho, era negro. Un negro sucio, ajado, de ojos reumáticos, barba gris y labios hinchados. Pero el pelo era auténtico.

Auténtico. Pensar en la palabra hizo que Byron diera un respingo. Todos los años había al menos un estudiante en una de sus clases que murmuraba algo (o lo decía en voz

alta) acerca de que el hecho de que estuviera impartiendo cursos de la literatura del siglo XIX de los hombres blancos lo convertía en un negro menos auténtico. O acerca de que ser negro le hacía menos auténtico como profesor de literatura inglesa. Como si a todo lo que un negro pudiera aspirar fuese a estudios africanos o historia negra o swahili.

El viejo le hizo un guiño.

Y de repente el malestar de Byron desapareció y se sintió un poco mareado. ¿Por qué se enfurruñaba? Los estudiantes se reían de sus profesores siempre que podían. Pronto aprendieron que en las clases de Byron aquellos que ponían interés eran capaces de comprender a Wordsworth, Shelley, Keats, Coleridge, Grey y (por supuesto) Lord Byron. No lo hacían en su cara, porque siempre les dirigía una mirada dura hasta que pedían disculpas, pero le encantaba saber que lo llamaban así a sus espaldas. Y si alguna vez dejaba que alguien viera sus poemas, tal vez descubrieran que era un apodo que se merecía.

A su mente saltaron los versos de uno de sus propios poemas. Y de su mente pasaron a sus labios:

*Sube a mi carro, susurró el dios del sol,
aquí junto a mí, Amor, cruzando el cielo.
Deja atrás el camino polvoriento que recorres:
tras estos fieros corceles ven y vuela.
No importa lo rápido que vayamos, lo lejos, lo alto,
nunca te dejaré caer.
Toda tu vida
en la tierra te has arrastrado y has subido y arañado.
Ahora, Belleza Mortal, se tú mi esposa,
y tus sueños de luz los concederé todos.*

En los labios del hombre de las bolsas se dibujó una sonrisa de dientes torcidos y dio un paso al frente, acercándose al coche de Byron.

Durante un momento Byron estuvo seguro de que el hombre iba a morir atropellado. Pero no. El semáforo había cambiado y los coches se detuvieron cuando pasaba ante ellos. En sólo unos instantes, el hombre colocó la mano en la manivela de la puerta de pasajeros.

Estaba cerrada. Byron pulsó el botón para abrirla.

—Si no le importa —dijo el hombre de las bolsas—, ¿puedo poner mis bolsas en el asiento de atrás?

—Adelante —respondió Byron.

El viejo abrió la puerta trasera y colocó con cuidado sus bolsas en el suelo y el asiento trasero. Byron se preguntó qué habría en ellas. Fuera lo que fuese, no podía estar limpio, y las bolsas probablemente tenían pulgas o piojos u hormigas u otras criaturas molestas. Byron siempre mantenía el coche immaculado: los chicos conocían las reglas y nunca se atrevían a comer nada dentro, no fuera a ser que se les cayera una migaja y su padre les echara una buena bronca. Lo sentía si eso los molestaba, pero era bueno para los niños aprender a cuidar de las cosas y tratarlas con respeto.

Y, sin embargo, aunque sabía que permitir que pusiera aquellas bolsas en el asiento trasero le obligaría a usar la aspiradora y a lavar y frotar hasta que volviera a quedar limpio, no le importó. Esas bolsas encajaban allí. Igual que el anciano encajaba en el asiento delantero, a su lado.

La moto a su izquierda aceleró una última vez y se perdió por la empinada carretera de Santa Mónica.

Tras él, los coches empezaron a tocar el claxon.

El viejo se tomó su tiempo para ocupar el asiento, y luego se quedó allí, sin cerrar la puerta. Tampoco había cerrado la puerta trasera.

No importaba. Ante el coro de cláxones y maldiciones que salían a gritos por las ventanillas abiertas de los coches, Byron bajó del Lincoln y lo rodeó. Cerró la puerta trasera, luego estiró la mano y abrochó el cinturón de seguridad del viejo antes de cerrar también la otra puerta.

—Oh, no es necesario que haga eso —murmuró el anciano mientras Byron le abrochaba el cinturón.

—La seguridad lo primero —dijo Byron—. En mi coche no se muere nadie.

—No importa lo rápido que vayamos, lo lejos, lo alto —respondió el viejo.

Byron sonrió. Le pareció magnífico que alguien conociera tan bien su poema para poder citárselo.

Para cuando volvió a su asiento, los coches tras él se internaban en el carril izquierdo para rodearlo, tocando el claxon y gritando y maldiciéndolo mientras pasaban. Pero no podían echar a perder su buen humor. Estaban celosos, eso era todo, porque el anciano había elegido viajar en su coche y no en el de ellos.

Byron se sentó, cerró su puerta, se abrochó el cinturón de seguridad y se dispuso a esperar al siguiente semáforo en verde.

—¿No va a arrancar? —preguntó el viejo.

Byron alzó la cabeza. Increíblemente, la flecha izquierda estaba en verde todavía.

—Espero que no le importe —dijo Byron—. Tengo que pararme a comprar la cena.

—Un hombre tiene que hacer feliz a su mujer —dijo el viejo—. No hay nada más importante en la vida. Excepto enseñar a sus chavales a estar bien con Dios.

Eso hizo que Byron sintiera un pequeño retortijón de culpa. Ni él ni Nadine eran muy religiosos. Cuando su madre los visitaba, iban todos juntos a la iglesia, y a los chicos parecía gustarles. Pero la llamaban la iglesia de la abuela, aunque ella sólo la frecuentaba cuando estaba en Los Ángeles.

Byron giró a la izquierda en Broadway y aparcó en el estacionamiento situado enfrente de I Cugini. El encargado se acercó al coche cuando Byron salió.

—Sólo vengo a recoger comida para llevar —dijo mientras le tendía al hombre un billete de cinco dólares.

—Pague después —dijo el encargado.

—No, no voy a aparcar. Sólo voy a recoger un pedido.

El hombre le miró desconcertado. Al parecer no llevaba allí el tiempo suficiente para entender al inglés que no decía exactamente lo que esperaba oír.

Así que Byron le habló en español.

—Haga el favor de no mover mi coche, ¿sí? Volveré en dos minutos.

El hombre sonrió y se sentó en el asiento del conductor.

—¡No, no mueva el auto, por favor! —dijo Byron.

El anciano se asomó.

—No se preocupe, hijo. No quiere mover el coche. Sólo quiere hablar conmigo.

Naturalmente, pensó Byron. Este anciano debe ser conocido de todos los encargados. Cuando te pasas horas al día en la acera de Santa Mónica, tienes que conocer a toda la gente sin hogar.

Sólo cuando estaba esperando en el mostrador a que la chica pasara su tarjeta de crédito se le ocurrió a Byron que hablaba italiano, francés y sabía leer en griego, pero que no había hablado ni estudiado español en su vida.

Bueno, aprendes un par de lenguas romances, y al parecer las conoces ya todas.

La comida estaba lista y la tarjeta pasó al primer intento. Ni siquiera le pidieron un carné de identidad.

Y cuando volvió al exterior, allí estaba su coche en la acera, con el encargado dentro besando las manos del anciano. Para cuando Byron llegó al lado del conductor y abrió la puerta trasera, ya había salido del coche. Byron puso las bolsas de comida en el suelo, salió, y cerró la puerta. El encargado ya se marchaba.

—¡Espere un momento! —llamó Byron—. ¡Su propina!

El encargado se volvió y agitó la mano.

—¡No hay problema! —respondió con su inglés cargado de acento—. ¡Muchas gracias, señor!

Byron subió al coche.

—Nunca había visto a ningún encargado rechazar una propina —dijo.

—Sólo quería hablar conmigo —dijo el viejo—. Está preocupado por la familia que dejó en México. Su hijo pequeño ha estado enfermo. Pero le he dicho que el niño está bien, y ahora es feliz.

Byron también se sentía feliz.

—Bueno, amigo, ¿adonde puedo llevarle?

—Vaya directo a casa. No quiero que esa cena se enfríe.

—Oh, se enfriará de todas formas —dijo Byron—. A las seis de la tarde, no importa si tiro por Olympic o por la Diez, el tráfico nos retrasará.

—Tire por la Diez —respondió el viejo—. Tengo la sensación de que no habrá ningún contratiempo.

El viejo tenía razón. Incluso en el cruce con la Cuatrocientos Cinco, en los carriles de la izquierda el tráfico se movía por encima del límite de velocidad y no tuvieron contratiempos.

Byron pensó en montones de cosas que quería decirle al hombre. Tenía montones de preguntas que hacerle. ¿Cómo sabía que el hijo del encargado del aparcamiento iba a curarse? ¿Por qué escogió mi coche? ¿Adonde irá después de Baldwin Hills, y por qué no quiere que lo lleve allí? ¿Fue cosa suya que yo pudiera hablar en español? ¿Habló usted en español con el encargado?

Pero cada vez que se disponía a hablar, sentía una sensación de paz y felicidad tan grande que no podía romper el estado de ánimo con el sonido entrecortado del habla.

Así que fue el anciano quien habló.

—Puede llamarme Hombre de las Bolsas —dijo—. Es un buen nombre, y es verdad. Conviene decir la verdad de vez en cuando, ¿no le parece?

Byron sonrió y asintió.

—Conviene decir la verdad *siempre*.

—Oh, no —dijo el Hombre de las Bolsas—. Con eso sólo se hieren los sentimientos de la gente. Mentir es más

apropiado, la mayoría de las veces. Es más amable. ¿Y con qué frecuencia importa realmente la verdad? ¿Una vez al mes? ¿Una vez al año?

Byron se rió, entusiasmado.

—Nunca me lo había planteado de esa forma.

El Hombre de las Bolsas sonrió.

—No me importa si lo quiere utilizar en un poema, adelante.

—Oh, no soy poeta —dijo Byron.

—Ahí lo tiene —dijo el viejo—. Mintiendo. Nunca muestra esos poemas, nunca admite que existen siquiera. Así nadie podrá decir: esto es demasiado anticuado, no eres un poeta de verdad.

Byron sintió la sangre caliente en el rostro.

—Yo fui el primero en decirlo.

El Hombre de las Bolsas se echó a reír.

—¡Lo que yo decía! —Entonces se puso serio—. ¿Quiere saber lo bueno que es?

Byron negó con la cabeza.

—Tan bueno como espera —dijo el Hombre de las Bolsas.

El alivio se apoderó de Byron y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Pero usted no ha leído nunca nada mío.

—¿Cómo podría hacerlo? No sé leer.

—Está bromeando.

—Puedo mentir, pero nunca bromeo.

—¿Estaba mintiendo ahora mismo? ¿En lo que ha dicho de mis poemas?

—No, señor.

—¿Y justo después, cuando ha dicho que no estaba mintiendo?

—Eso era mentira, por supuesto —dijo el Hombre de las Bolsas—. Pero no deje que eso se lo estropee.

Byron fue consciente de una extraña sensación en el estómago. Náusea. No, en realidad no. Oh, sí. Era furia. Una